

## LA MUJER DE LA MONTAÑA

*Benjamín Recacha García*

Me gusta sentarme junto a la ventana, sobre todo en invierno. A mediodía el sol inunda la oficina y entonces llega mi momento. Cierro los ojos y me dejo acariciar por la calidez de los rayos, que me transportan a aquellos días de mayo en la Sierra de Espierba.

Ha pasado mucho tiempo, pero aún hoy, cuando lo recuerdo, me entran las dudas sobre si fue un sueño.

Me levantaba temprano para caminar por el bosque. Me gustaba escuchar a mirlos, petirrojos y ruiseñores dándome los buenos días. Era la mejor compañía que por entonces podía esperar. En verdad, no deseaba otra.

El aire frío de la mañana me hacía sentir vivo. Agradecía aquellos zarpazos que se agarraban a mi cara y sentir cómo se abrían paso hasta los pulmones.

Había llegado hasta aquella diminuta aldea perdida en el Pirineo Aragonés rebotado de una lamentable experiencia laboral y una no menos lamentable relación (des)afectiva. En aquel momento detestaba a la especie humana y aborrecía la civilización, así que me había fabricado la ilusión de que podía apearme de ella.

La dueña de la casa donde me alojaba me recomendó la ruta. Se internaba en el bosque por la pista que, una hora de suave ascensión después, desembocaba en un apabullante mirador natural. Desde lo alto de la sierra se admiraban las imponentes moles pirenaicas y los verdes valles que, muy abajo, aparecían surcados por brillantes hilos de plata.

La primera vez me quedé allí embobado, disfrutando de la ausencia del tiempo. El desfile de las nubes juguetonas era el único síntoma de que no me encontraba dentro de una postal. Bueno, las nubes... y mis tripas, que al cabo de un rato me recordaron que necesitaba alimentarme, así que saqué el bocata de la mochila y lo degusté como el más delicioso de los manjares.

Los días siguientes el ingrediente de la sorpresa dejó paso al del deseo por regresar, y una semana después la excursión se había convertido en una necesidad vital.

Aquella mañana el bosque era el mismo, con sus educados habitantes alados, que saludaban a mi paso, las mismas ardillas que saltaban huidizas de rama en rama, la misma brisa que me hacía sentir vivo y el mismo sendero que conducía a la cima desde donde contemplar las moles calcáreas y las nubes con sus formas caprichosas.

Me senté en la misma roca, saqué el bocata y lo saboreé con el mismo placer de cada mañana. Aquella era una rutina muy diferente de la que había acabado despojándome de alicientes. En aquel momento lo que más deseaba era que cada jornada fuera una repetición de la anterior.

Y entonces la vi.

Algunos días me había cruzado con otros paseantes: vecinos de la aldea, ciclistas y montañeros. Pero aquel encuentro fue distinto.

Debía llevar un rato sentada en la roca, unos cincuenta metros a mi espalda. No me di cuenta hasta que, acabado el desayuno, me giré para contemplar otra perspectiva del paisaje. Como yo, ella disfrutaba de la calma y la belleza del lugar. Aparentemente, no había nada de particular salvo la coincidencia en un escenario tan poco transitado.

Sin embargo, enseguida sentí una atracción inexplicable. Procuré ser discreto, pero me costaba horrores apartar la mirada, y me invadió un deseo irrefrenable de acercarme a ella. Me contuve tanto como pude, hasta que el extraño magnetismo me obligó a incorporarme. Estoy seguro de que me vio, sentí que durante una fracción de segundo nuestras miradas se cruzaron. Entonces me agaché para recuperar la mochila y cuando volví a mirar, se había esfumado.

Corrí por la cresta de la sierra hacia la roca, situada en lo alto de un suave promontorio, con la esperanza de que la alcanzaría al otro lado. Pero no. No tardé más de veinte segundos en llegar al punto más alto, desde donde se dominaba una amplia ladera que descendía en suave pendiente hacia el bosque.

Era imposible que lo hubiera alcanzado tan rápido. Ni dejándose caer rodando. Además, ¿por qué iba a correr? ¿Se habría escondido? Tampoco tenía sentido. Me quedé allí un rato, escudriñando el entorno, presa de un creciente sentimiento de frustración.

¿Me la habría imaginado?

Durante el resto del día no pude dejar de darle vueltas al asunto. Y aunque trataba de convencerme de que todo había sido producto de mi imaginación, lo cierto es que en mi mente se habían grabado aquel rostro y unos ojos de mirada profunda que me perforaban el alma.

Soñé con ella.

La escena era la misma, pero esta vez permanecía en su roca. «Hola. Por fin has venido. Hacía mucho que te esperaba». Sentí escalofríos, pero me estremeció aún más su reacción posterior. Me abrazó. El abrazo más cálido que me habían dado en la vida y, sin embargo, ella lloraba.

Desperté.

La claridad del alba empezaba a entrar por las rendijas de la persiana. Era más temprano que los días anteriores, pero no podía esperar. Necesitaba volver y comprobar que ella no existía más que en mi mente.

Era demasiado pronto para despertar a Carmen, la atenta anfitriona de la casa rural; ni siquiera me preocupé en llevar bocadillo. Me apañaría con el paquete de galletas y el poco chocolate que me quedaba, y tomé prestadas un par de manzanas del frutero del comedor.

Emprendí la marcha cuando en el cielo aún brillaban docenas de estrellas con tímidos destellos que anunciaban la cercanía del amanecer. El blanco de los picos nevados empezaba a contrastar con el azul a cada minuto menos oscuro. Era precioso. Sin embargo, todos mis pensamientos se concentraban en la enigmática mujer.

Ascendí casi corriendo. Llegué arriba cuando los primeros rayos de sol acariciaban la cumbre del Monte Perdido. El corazón me aporreaba las costillas, y al mirar a la roca sentí que me explotaba. Allí estaba, sentada abrazándose las

rodillas. La suave brisa jugueteaba con su cabello castaño mientras contemplaba las montañas.

Ansiaba estar a su lado, pero el miedo a perderla de nuevo era más poderoso, de modo que durante un rato tan breve como eterno permanecí inmóvil, observándola. Hasta que me miró.

Me puse a temblar. «¿Qué narices me está pasando?». Había perdido el control de mi cuerpo y de mis emociones. «Ven...». No era una voz lo que escuché, sino un susurro contenido en una suave ráfaga de viento. Y entonces, al mismo tiempo que mis piernas empezaban a andar, recuperé la calma.

Es muy curioso. No puedo apartar aquel rostro de mi mente... No quiero hacerlo. Pero por mucho que lo intento, no sé describirlo. Quizás es que la intensidad de aquella mirada verde atraía toda mi atención.

—Hola. —Sonreía, una sonrisa tímida y dulce que me hacía sentir tan cómodo como desnudo—. Por fin has venido. Hacía mucho que te esperaba.

Lo normal habría sido que me pellizcara para asegurarme de que estaba despierto, o que directamente me desmayara. Pero no. En aquel instante mis sentidos estaban concentrados en su sonrisa y en aquella voz que parecía susurrar al ritmo del viento.

—¿Quién eres? —acerté a pronunciar.

—¿Eso qué importa? Siéntate conmigo.

Le hice caso. De hecho, mi cuerpo obedecía sin consultarme. Era como si mi conciencia fuera una simple espectadora de la escena.

—¿No es un espectáculo digno de contemplar? —dijo, señalando con la mirada las cumbres nevadas, que amarilleaban a medida que los rayos descendían por las laderas.

—No imagino uno mejor.

Se giró hacia mí en el momento en que la mañana se manifestaba también en nuestra atalaya. El sol le iluminó aquellos ojos en los que se reflejaba mi asombro, que llegó al límite de lo concebible cuando me abrazó. Fue el abrazo más cálido que había recibido en la vida. Sin embargo, un escalofrío

recorrió todo mi cuerpo desde el punto del cuello donde desembocó su primera lágrima.

Cerré los ojos, seguro de que sólo podía tratarse de otro sueño. Cuando los abriera ella habría desaparecido y yo me encontraría en la cama, acurrucado entre las sábanas. Efectivamente, ella ya no estaba..., pero yo seguía en la misma roca, sintiendo cómo un tibio rayo de sol secaba mi cuello.

•••

Necesitaba encontrarla. No era producto de mi imaginación. No podía serlo, ¿o me estaba volviendo loco? Y aunque en la actualidad sigo dudando, aquellos ojos verdes, aquella voz susurrante, el abrazo y la lágrima fueron muy reales.

Me obsesioné con ella.

La busqué en Espierba, pregunté a Carmen y a sus vecinos. Unos me miraban divertidos, otros, indiferentes, pero ninguno sabía nada. Bajé a Bielsa, un pueblo bastante más grande, aunque fuera de temporada turística registraba poco movimiento. Una mujer como aquella no habría pasado desapercibida allí.

Los lugareños me escuchaban con atención y trataban de hacer memoria. Pero nada. Tendría que esperar a la mañana siguiente y confiar en que volviera a estar en su roca.

Nos encontramos antes. De nuevo vino a visitarme en sueños.

La escena se repetía, pero esta vez, al sentarme junto a ella, apoyaba su cabeza en mi hombro. «¿Te gustaría subir hasta allí?», me preguntaba, señalando con la mano derecha la cima del Monte Perdido. «Claro. Puede que algún día lo haga», sentí que le respondía. «Si quieres, te acompaño». Tenía que estar bromeando, pero al mirarla me daba cuenta de que aquellos ojos siempre hablaban en serio. Se me ocurría entonces preguntarle: «¿Cómo te llamas?». «Los nombres no son más que etiquetas».

Desperté.

Como el día anterior, aún no había amanecido. Me vestí. Me colgué la mochila, que había dejado preparada por la noche y salí de la casa mientras mordisqueaba un par de galletas.

Llegué arriba sin aliento. Había subido casi corriendo, repitiéndome que aquello era una locura, que la chica de la roca tenía que ser por fuerza producto de mi imaginación, que lo más sensato era dar media vuelta y desterrarla de mis sueños. Pero mis piernas seguían avanzando y mi corazón latiendo más fuerte a medida que me acercaba a la cresta de la sierra.

Allí estaba.

Desde el momento en que la veía dejaba de racionalizar la situación. Por ilógico que fuera todo, por mucho que tuviera que ser cosa de magia, toda mi atención se concentraba en aquella mirada perturbadora y magnética.

Esta vez me saludó con la mano. Me acerqué. Me invitó a sentarme a su lado, y apoyó la cabeza en mi hombro. Me sentía reconfortado y protegido. Sí, esa era la palabra. Junto a ella el tiempo no existía y nada podía afectarme... salvo su ausencia.

Señaló las cumbres nevadas.

—¿Te gustaría subir hasta allí?

No puedo decir que me sorprendiera, aunque aquella repentina capacidad de adelantar acontecimientos que había desarrollado en sueños resultaba inquietante. En cualquier caso, sobre todo sentía calma. Contemplé las cimas apabullantes.

—Claro que sí —susurré.

—Si quieres, te acompaño.

No importaba que nunca antes lo hubiera intentado. Si iba con ella, sería fácil. Me miró con una sonrisa tan radiante que provocó un incendio en mi estómago.

—Entonces, mañana te espero allí. —Señaló un punto a la derecha del Monte Perdido, un poco más abajo—. ¿Conoces el Balcón de Pineta?

Conocía el valle y sabía que el balcón era el lugar que lo comunicaba con el mundo de roca y hielo que se extendía tras las montañas. Pero ni loco se me había pasado por la cabeza visitarlo.

—Claro, allí estaré. —La miré y dudé un instante. Me costaba interrumpir el espectáculo del suave sol de la mañana iluminando su cara—. ¿Cómo te llamas?

—Los nombres no son más que etiquetas.

Me besó. Cerré los ojos y me sentí flotar. Cuando volví a abrirlos, ella se había ido. Suspiré, resignado, pero tranquilo. Sabía que era inútil buscarla, así que opté por disfrutar del paisaje y la tibieza de los rayos matutinos.

Miré fugazmente alrededor antes de acomodarme para desayunar, y me di cuenta de que no estaba solo. Un hombre me observaba desde la roca que me había proporcionado descanso los días anteriores. No disimulaba, pero no hacía amago de comunicarse conmigo. Sólo me miraba. Un par de minutos después la situación empezó a incomodarme, así que me acerqué a él.

—Buen día —saludé.

Era un hombre mayor, según revelaban los surcos profundos que le atravesaban el rostro, de expresión seria. Descansaba ambas manos sobre un grueso bastón de madera. Me resultaba vagamente familiar.

Respondió con un gesto de asentimiento.

—No sé cuánto tiempo lleva aquí observándome, y me quedaría más tranquilo si supiera el motivo. —No apartaba la vista, parecía buscar las palabras adecuadas para responder, pero tanta parsimonia empezaba a exasperarme—. ¿Lo conozco?

Por fin bajó la mirada hacia el bastón, con el que dio un par de golpes suaves sobre la hierba antes de hablar.

—Lo vi ayer, en Bielsa.

Vale, por eso me resultaba familiar. Continuó jugueteando con el bastón.

—Oí lo que preguntaba, pero no me acerqué. —Ahora hablaba con la vista puesta en el suelo. De repente, levantó la cabeza y me miró fijamente—. No quise recordar.

Me dio un vuelco el corazón. Aquella frase sonaba a sentencia, y no me gustaba nada todo lo que implicaba. Pero necesitaba saber más.

—¿Recordar qué?

Miró hacia las cumbres nevadas. Tenía los ojos brillantes y creí adivinar un atisbo de sonrisa en aquellos labios agrietados, que eran del mismo color tostado que el resto de la piel.

—A ella —dijo sin apartar la mirada de los colosos de piedra—. Debía tener tu edad la primera vez que la vi. Yo estaba sentado aquí mismo, preguntándome qué sentido tenía todo. —Me miró un instante, como sopesando qué contarme, y volvió a perderse en las montañas—. Es igual, ya hace mucho de aquello. Pero cuando te oí preguntar ayer, sentí la necesidad de regresar. Quería verla otra vez. —Ahora sí, sonreía abiertamente—. No ha pasado el tiempo para ella.

—¿Qué quiere decir? —Lo sabía, pero no quería creerlo. Yo no creía en fantasmas, en hadas, espíritus, ni mágicos seres inmortales. Ella era real, de carne y hueso. Los fantasmas no besan, ni lloran, ni abrazan.

—No quieres creerme. No lo hagas. Yo tampoco habría creído a nadie que me hubiera advertido. Nadie podría haber impedido que acudiera a la cita en el Balcón de Pineta.—Me dedicó una mirada tierna, que contrastaba con aquella cara maltratada por el tiempo, pero enseguida volvió a concentrarse en las cumbres—. Yo sólo quería verla una última vez.

Se incorporó, dio media vuelta y se alejó por la ladera, en busca del sendero que se adentraba en el bosque.

•••

No recuerdo qué soñé aquella noche. Estuve todo el día nervioso, debatiéndome entre lo razonable y la ilusión. Estaba inmerso en una especie de cuento, cuyo final llegaría más pronto que tarde. Un ser racional que, como yo, estaba convencido de que el territorio de los cuentos se hallaba en las páginas de un libro, tras el encuentro con el hombre habría desistido. Con el paso del tiempo todo habría quedado en una anécdota, un recuerdo que habría acabado mezclándose con los sueños.



Pero había algo que me impedía dejarlo, que me empujaba a subir aquella pared de piedra que cerraba el valle, para acudir a la cita. Tenía que descubrir quién era y por qué me había elegido.

Pensé que me costaría dormir. Estaba nervioso ante la perspectiva de volver a tener un sueño premonitorio. Pero lo único que recuerdo de aquella noche es acostarme pensando en ella y despertarme con el amanecer. Unos pajarillos juguetones trinaban en el alféizar de la ventana y yo me sentía más descansado que nunca.

Carmen me había advertido después de la cena que no permitiría que volviera a marcharme sin desayunar, así que había dejado preparado un termo con café y un delicioso bizcocho. Me sorprendió comprobar que estaba hambriento.

Conduje hasta el final del valle y emprendí la ruta hacia las alturas con una sensación de paz que hacía mucho que no experimentaba. Me sentía a gusto conmigo mismo. Los problemas que me habían llevado a huir de mi vida parecían lejanos, casi irreales. Era fácil recuperar el bienestar en aquel entorno de naturaleza embriagadora. La primavera había estallado exuberante, y el contraste con los restos del invierno, aquellas nieves que adornaban el paisaje, acentuaba el encanto del conjunto.

Mis botas pisaban con decisión por el estrecho sendero que iba ganando altura a cada paso. Superé cascadas que vertían furiosas las aguas del deshielo y me encaramé por paredes de roca que, desde abajo, parecían verticales. Sin embargo, el camino siempre se abría paso, e iba aproximándose al mundo escondido tras las montañas.

El sol iba barriendo el entorno. Cuando me alcanzó agradecí la calidez de los rayos, pero una hora después me empezaba a sobrar ropa. Me detuve a beber agua en uno de los innumerables regueros que descendían de las alturas y me giré a admirar el valle. Sentí vértigo al darme cuenta de que me encontraba ya tan arriba, y me asombró el espectáculo de la naturaleza que iba despertando al día.

En aquel momento mis pensamientos se concentraban en las montañas, las cascadas, los bosques, el río, las flores, las aves rapaces que dominaban el cielo... Estaba ya muy cerca de alcanzar el balcón y me sentía orgulloso de mi proeza.

Con un último esfuerzo superé el tramo más pesado, y el más peligroso, pues estaba repleto de placas de hielo, y me quedé sin aliento, por el cansancio, sí, pero sobre todo por la maravilla que apareció ante mis ojos. Allí estaba el rey de las cumbres, el Monte Perdido, reinando sobre un paraíso de hielo y roca.

Me senté a respirar y a admirar el paisaje, y casi ni me di cuenta de que a escasos metros, sentado sobre una roca, había alguien. Estaba de espaldas a mí. La exuberancia del entorno había captado toda mi atención, así que me costó un poco recordar para qué había subido hasta allí.

Obviamente, era ella. Me quedé un rato observando cómo el viento jugaba con su pelo.

Sentía mucha paz.

No sé cuánto tiempo estuve así. Hasta que me miró mostrando su sonrisa magnética. «Ven», me susurró el viento.

Subí a la roca y me senté a su lado. Apoyó la cabeza en mi hombro.

—Sabía que vendrías. ¿Imaginabas un espectáculo mejor?

—Imposible. Nada podría mejorarlo.

El Monte Perdido, vestido con sus nieves perpetuas, nos miraba impasible.

—Siente la energía que desprende este lugar. Déjate invadir por el viento, por los olores, por el sonido del agua...

Si hubiera sido posible, habría prolongado aquel momento de forma perpetua. Sin embargo, tenía preguntas que hacer.

—Creía que necesitaba saber quién eres. Ahora sé que no. —Se apretó contra mí. Notaba su calidez—. Pero sí tengo que saber por qué me elegiste. Verás, ayer, cuando te fuiste, me di cuenta de que alguien había estado observándonos. Hablé con él y...

—Calla. No digas nada. No importa quién soy ni mis motivos. —Se incorporó y me miró con dulzura—. Lo único que cuenta eres tú. Eres tú quien debe hacerse esas preguntas. —Sonrió—. Ya has hallado las respuestas. — Volvió a apoyarse en mi hombro.

Cerré los ojos. Nunca me había sentido tan a gusto. De hecho, creo que estaba tan relajado que llegué a dormirme. No se me ocurre otra explicación al hecho de que al abrir los párpados me hallara tumbado sobre la roca.

No había ni rastro de ella.

Cualquiera diría que la soñé. Yo quiero creer que fue real. Así la siento. Y en esos mediodías de invierno en que el sol me acaricia a través de la ventana me pregunto a cuántos más habrá ayudado a reencontrarse, a recuperar la ilusión por la vida.

**FIN**